



Ascensión Hernández de León-Portilla

“Presencia y aliento de la obra de fray Bernardino de Sahagún”

p. 67-86

*In Ihiyo, in Ilahtol. Su aliento, su palabra.
Homenaje a Miguel León-Portilla*

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

El Colegio Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia

1997

366 p.

ISBN 968-36-5957-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/in_ihiyo/334.html

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PRESENCIA Y ALIENTO DE LA OBRA DE FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA

Comenzaré este ensayo con una reflexión sobre la aportación de la etnología y la antropología a la historia de nuestro tiempo. Ambas disciplinas —etnología y antropología— son el camino para aquilatar el valor de las diferentes culturas que, a través de milenios, han ido dando el ser a pueblos y naciones. Sin ellas, nuestra perspectiva histórica sería etnocéntrica, y la conciencia de hombres y pueblos, incompleta. En realidad, lo que el etnólogo, y sobre todo, el antropólogo¹ recogieron como presente en su propio momento, el historiador de nuestra época, al interpretarlo integrando tiempo y espacio, lo convierte en conocimiento histórico de valor universal.

En este ensayo, tal reflexión se dirige a dos nombres concretos: fray Bernardino de Sahagún y Miguel León-Portilla. Fray Bernardino, misionero convertido en antropólogo —iniciador de la antropología en el Nuevo Mundo—, dedicó más de sesenta años a perfilar uno de los mejores retratos que en la historia universal se han hecho de una cultura desde otra. Gracias a él tenemos la más completa imagen del rostro del México antiguo y de la plenitud de ese rostro, el pensamiento que él captó a través de la palabra.

Miguel León-Portilla, filósofo converso a la historia, se ha entregado a la tarea de desmenuzar los rasgos de aquel retrato que Sahagún y sus colaboradores nahuas dibujaron, y lo ha hecho desde una triple perspectiva: filosófica, histórico-antropológica y filológico-lingüística. En sus páginas, el rostro del mundo náhuatl que Sahagún recogió como presente, vuelve a tomar vida interpretado con la magnitud de una mirada que se extiende a través de un tiempo largo —cuatro siglos— y de un espacio tan grande como las dimensiones de nuestro presente universal.

¹ Etnología y antropología son dos disciplinas cuyos límites muchas veces coinciden. Se derivan del griego *ethnos*, nación, pueblo, y *anthropos*, hombre. Aquí usaré el término antropología como el campo del saber, muy amplio, que tiene que ver con el hombre, con lo humano, mientras que al referirme a etnología lo haré pensando en la rama de la antropología que trata del estudio de los rasgos culturales de los pueblos, en cierta manera siguiendo la definición del *Webster's New World Dictionary*.

Esta continuidad histórica entre el antropólogo de ayer y el historiador de hoy es, en el fondo, la continuidad de un mismo pensamiento: el humanismo. Ambos, Sahagún y León-Portilla, no son sino buscadores del rostro del otro, del rostro de lo humano que a todos nos une y nos diferencia. Ambos, en realidad, son historiadores en el sentido etimológico de la palabra² y su tarea ha sido la de mirar otra cultura, profundizar en ella y comprenderla, lo que hoy constituye el principal objeto de la antropología.

En homenaje a Miguel León-Portilla en sus setenta años y en recuerdo del primer antropólogo del mundo moderno, intentaré, en estas páginas trazar los ideales de dos vidas en muchas tareas paralelas y siempre convergentes en el espíritu del humanismo.

Nuestro saber antropológico, ¿conquista de nuestro siglo?

Después de esta introducción en la que se hace ver la integración de las tareas del antropólogo y del historiador dentro del humanismo, podemos preguntarnos si la antropología es una forma de investigación utilizada por los historiadores de siglos pasados o más bien una forma de saber, una disciplina con método científico que se ha ido perfilando en nuestra centuria. A reserva de que se podrían dar varias respuestas a esta pregunta, aquí me limitaré a reconocer que es, a la vez ambas cosas: como forma de saber con su propia teoría y método, es una disciplina moderna, pero como forma de conocimiento de pueblos y culturas ha sido utilizada por muchos historiadores que nos precedieron; entre estos historiadores, como veremos, es Sahagún el mejor ejemplo.

En verdad, la antropología, es decir, la curiosidad por conocer al otro hecha ciencia, ha permeado el ámbito de las ciencias sociales, en concreto el de la historia; también el arte, el vestido, la comida y, en general, los gustos de un occidente etnocéntrico.³ Es más, contamos ya con muchos tratados en los que se ha ido conformando una teoría de la antropología. Autores universalmente conocidos han especificado muy bien el contenido, métodos, objetivos y aportaciones de la nueva ciencia.⁴ En cuanto a los trabajos de índole antropológica se puede decir que son incontables. Quienes los han realizado, muchos de ellos profesores de universidades, han salido en busca de hombres y culturas a regiones

² El verbo griego *historein* significa indagar, buscar.

³ Sobre la relación de la antropología y la historia puede consultarse el capítulo que sobre "Razas e historia" incluyó Claude Lévy Strauss en su libro *Antropología estructural*, México, Siglo XXI, 1979. También el libro de José Alcina Franch, *En torno a la antropología cultural*, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1975. Sobre la relación entre antropología y arte, vid. José Alcina Franch, *Arte y antropología*, Madrid, Alianza Editorial, 1982.

⁴ Entre otros muchos nombres recordaré aquí los de Adolfo Bandelier y Lewis Morgan en el siglo XIX y los de Bronislaw Malinowsky y Claude Lévy-Strauss en el nuestro.

escondidas, a islas perdidas, para recrear la forma de pensamiento de los habitantes de esos lugares. Cada uno de los libros, resultado de esos trabajos es, o pretende ser, un rescate de una forma de pensamiento, de un punto de vista sobre el universo. Si, como decía José Ortega y Gasset, “cada individuo es un órgano insustituible para la conquista de la verdad”,⁵ todas estas formas de pensamiento rescatadas por la antropología son hoy protagonistas en el universo de las culturas. Nuestro sentido de la historia, abierto e incluyente, está enriquecido con la nueva ciencia que, como tal, se forjó en el siglo pasado y se ha ido consolidando en el nuestro.

México ha estado a la vanguardia de esta forja de la moderna antropología. Desde principios del siglo XIX, al mismo tiempo que se gestaba la egiptología y la asiriología, tomaba vida el americanismo como parte importante de la historia que buscaba el conocimiento de las antiguas civilizaciones de América, una de las cunas culturales del hombre. Los hallazgos arqueológicos del Nuevo Mundo, lo que Sahagún llamó “alhajas antiquísimas”,⁶ fueron el motor de un cúmulo de estudios que llevaron a un verdadero Renacimiento mexicanista a mediados del siglo XIX.⁷ La fundación del Museo Nacional en 1825 y su posterior consolidación en la década de 1860 hizo posible que un grupo de investigadores enamorados de la historia pudiera dedicarse al estudio del pasado de México desde las nuevas perspectivas lingüísticas, filológicas, etnológicas y antropológicas. En 1877 el Museo empezó a editar una revista cuyo título es muy elocuente: *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*. En resumen, en la segunda mitad de la centuria pasada se empezaron a publicar y estudiar los textos del siglo XVI de contenido etnológico y antropológico que mostraban el rostro del México antiguo y que daban luz para comprender a los descendientes de los pueblos mesoamericanos con viva presencia en el México moderno. Surgía así una nueva forma de hacer historia en la que la antropología tenía un relevante papel.

Esta nueva forma de hacer historia se consolidó e incrementó en el siglo XX. En 1910, Franz Boas y Manuel Gamio fundaron la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología, apenas dos años después que en la Universidad de Liverpool se fundara la primera cátedra de antropología a cargo de James Frazer.⁸ Entrado ya el siglo se crearon nuevos organismos dedicados al estudio y la aplicación de la nueva ciencia. Sirvan como ejemplos la Dirección de Antropología en 1917, el Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1939 y la Escuela Nacional de Antropología

⁵ José Ortega y Gasset, “La doctrina del punto de vista”, en *Obras completas*, 6a. ed., Madrid, 1966, v. III, p. 200.

⁶ Fray Bernardino de Sahagún, “Prólogo” al libro I de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición de Ángel María Garibay, México, Editorial Porrúa, 1956, v. I, p. 30.

⁷ Algunos datos sobre este Renacimiento se pueden encontrar en Ascensión H. de León-Portilla, *Tepuztlahcuilolli. Impresos en náhuatl. Historia y Bibliografía*, México, UNAM, 1988, v. I, p. 104, 115 y 129.

⁸ Este último dato está tomado de Claude Lévy-Strauss, *Antropología estructural*, México, Siglo XXI, 1979, p. 9.

fundada en 1940.⁹ Asimismo, desde hace muchos años existen cátedras de antropología en muchos centros de estudios superiores.¹⁰ De manera que cabe afirmar que la antropología tiene en México una presencia muy temprana y su papel como pilar del Indigenismo ha sido y es trascendente.

Este firme y temprano triunfo de la antropología en el México moderno se explica fácilmente ante la realidad étnica del país. Lenguas y pueblos mesoamericanos están vivos y forman parte del tejido social de nuestro presente. Tal realidad pluricultural invita al estudio del otro, de los otros. Muchos investigadores lo hacen desde un punto de vista sincrónico, enfocándolo en el presente. Pero son muchos también los que toman el camino de la diacronía para llegar al fondo de un pasado de milenios que aún hoy muestra rasgos de su antiguo rostro. Estos investigadores vuelven constantemente sus ojos a las fuentes del siglo XVI, entre las que abundan las de contenido etnológico y entre las que destaca una por su riqueza antropológica: la de fray Bernardino de Sahagún.

Es Miguel León-Portilla uno de los mejores ejemplos de los que han emprendido el camino de la diacronía y se han sumergido en las páginas de la historia. Al hacerlo, cayó inmediatamente en las manos de fray Bernardino de Sahagún, quien sin descanso lo ha llevado y traído por sus páginas durante cuarenta fructíferos años. La obra del franciscano le cautivó por su profundidad humanista y por su triple dimensión etnológica, antropológica e histórica.

Historia, etnología y antropología: la triple forma de conocimiento del hombre en la obra de Sahagún

Esta triple forma de enfoque humanístico no era, antes de Sahagún, común entre los historiadores, ni siquiera en aquellos famosos de Grecia y Roma, los que concibieron a la historia como un quehacer más allá de la simple tarea de conservar la memoria del pasado. Supieron ellos conferir al relato histórico una dimensión crítica y aun filosófica. Supieron también captar el valor de la etnología, la propia y la ajena. Como ejemplo, recordaré dos nombres bien conocidos: Herodoto, quien indagó las hazañas “tanto de los griegos como de los bárbaros”, y, Jenofonte, “la abeja ática”, quien siempre llegaba a la colmena con su “gota de miel”, es decir con noticias de hombres y tierras lejanas. Pero tanto griegos como romanos, lo mismo que otros historiadores de épocas posteriores, nos han

⁹ La dirección de Antropología fue fundada por Manuel Gamio en 1917 dentro de la Secretaría de Agricultura y Fomento. Señala Juan Comas que Gamio, al crear esta dirección, fue un pionero de la antropología social y aplicada en México. Vid. Juan Comas, “La antropología en México”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, 1950, v. 11, p. 105.

¹⁰ Una descripción detallada de las instituciones de índole antropológica y la enseñanza de la antropología en México la ofrece Juan Comas, *loc. cit., passim*.

dejado la información etnológica en su propia lengua, en la lengua en la que escribieron. Es decir, al registrar los hechos y los rasgos culturales de otros pueblos, los trasvasaron a su lengua y a sus moldes de pensamiento, adaptándolos a la mentalidad de sus lectores.

Sahagún, al historiar el presente y el pasado de los pueblos nahuas, fue más allá de los historiadores etnólogos. Su meta era, como dice Miguel León-Portilla en su biografía del franciscano, “conocer el alma y la cultura de los naturales”.¹¹ Humanista formado en Salamanca, supo desde el principio que el alma de los hombres, su interior más profundo se guarda en la palabra, en la lengua. Y es aquí donde yo creo que entra la dimensión antropológica; todo lo que Sahagún recogió lo hizo en náhuatl, la lengua franca de Mesoamérica y la más representativa de las culturas del Altiplano.

Sabemos que antes que él otro grupo de hermanos seráficos había abierto camino en el estudio de la cultura de los nahuas. Georges Baudot en su libro *Utopía e historia en México* ha trazado un cuadro magistral de las vidas de estos franciscanos inmersos en una magna tarea de “indagación etnográfica [...] en el inventario exhaustivo de la cultura de aquellos con los que querían construir la última etapa del destino humano, es decir, de los indios de México”.¹² Si exceptuamos a fray Andrés de Olmos, estos primeros cronistas franciscanos redactaron sus obras en español.

En este rico contexto de historiadores etnólogos, la obra de fray Bernardino es la novedad histórica. En 1547 dio el primer paso en un proyecto que seguramente tenía en mente desde mucho antes. Aquel año reunió una copiosa colección de *huehuehtlahtolli*, que luego incluyó en el libro VI de la *Historia general* con un título muy hermoso: “De la retórica y filosofía moral y teología de la gente mexicana; donde hay cosas muy curiosas, tocantes a los primores de su lengua y cosas muy delicadas tocantes a las virtudes morales.” Pocos años después, en 1555, recogió la versión náhuatl de la Conquista, lo que luego sería el libro XII de la citada *Historia*. Esto nos revela que, mucho antes de que su superior fray Francisco de Toral, en 1558, le encargara investigar acerca de “lo que pareciere ser útil para la doctrina, cultura y manutención de la cristiandad de estos naturales”,¹³ Sahagún había concebido su magno proyecto de rescate de la cultura de los pueblos nahuas, de su lengua y de su alma.

Después vinieron las justificaciones en los prólogos a los libros de la *Historia general de las cosas de Nueva España*: “la santa obediencia a sus superiores”; la necesidad de conocer el alma de los idólatras para curarlos como hace el médico, quien necesita estudiar la enfermedad para sanar a

¹¹ Miguel León-Portilla, *Bernardino de Sahagún*, Madrid, Cambio 16 y Quórum, 1987, p. 148.

¹² Georges Baudot, *Utopía e historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983, p. 128.

¹³ Fray Bernardino de Sahagún, “Prólogo al libro II” de la *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición citada, p. 105.

sus enfermos; la de hacer una “red barredera” para conocer vocablos, metáforas y maneras de hablar; la de proporcionar a otros materiales para elaborar un calepino; la de “conocer el quilate de esta gente mexicana”; la de poder valorar su sabiduría y la filosofía moral...

Es verdad que cada una de estas razones justifica su magna empresa. Pero en realidad todas ellas se pueden reducir a tres, verdaderos motores de su obra que lo llevan a cumplir gustosamente y aun a sobrepasar el mandato religioso. Estas tres razones son las que Miguel León-Portilla señala en su citada *Biografía*: “la religiosa, la lingüística y la histórico-antropológico-cultural”.¹⁴ La integración armónica de estas razones lo llevó a un penetrante conocimiento del hombre o, como lo define él mismo en su obra *Toltecáyotl*, “un enfoque humanista integral”.¹⁵

Creación y recreación del método antropológico

Tal “enfoque humanista integral” se logró gracias a un método de trabajo que él mismo describe en el “Prólogo” al libro II de su tantas veces citada *Historia* y que sigue siendo objeto de admiración. Si quisiéramos definirlo con una palabra escogeríamos el calificativo de “científico” que Miguel le ha dado.¹⁶ Pero veamos brevemente la creación de este método en palabras del propio Sahagún y su recreación cuatro siglos después por León-Portilla.

En el citado “Prólogo” al libro II, después de decir que a él le han faltado escritos donde apoyar su obra, cuenta que ideó una “minuta o memoria de todas las materias que había de tratar que fue lo que está escrito en los doce libros y la apostilla y cánticos”.¹⁷ Con la minuta lista se trasladó a Tepepulco y trabajó con los principales, incluido el señor del pueblo, don Diego de Mendoza, “hombre de gran marco y habilidad”. Con ellos y con cuatro latinos del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, platicó “cerca de dos años”. Allí recogió mucha información sacada de pinturas y “los latinos las declararon en su lengua”.

Sigue su relato y cuenta que cuando regresó a Tlatelolco, llevó todas sus escrituras. Allí repitió su indagación: juntó a los principales y con ayuda de los “trilingües” se enmendó y añadió la información de Tepepulco. Por último, con esta doble información, fray Bernardino se retiró a San

¹⁴ Miguel León-Portilla, *op. cit.*, p. 88.

¹⁵ Miguel León-Portilla, *Toltecáyotl. Aspectos de la cultura náhuatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, p. 101.

¹⁶ *Ibid.*, p. 102.

¹⁷ Los doce libros, ya lo hemos visto, son los que integran la *Historia general de las cosas de Nueva España*; la *Apostilla* son comentarios acerca de las Sagradas Escrituras de los que Sahagún hizo varias versiones. Los sahangunistas no se ponen de acuerdo sobre cuál de estos escritos es la *Apostilla*. Los “cánticos” a los que Sahagún alude en este “Prólogo” sí fueron publicados en 1583 con el título de *Psalmodia christiana*...

Francisco, en México, y por tres años “pasó y repasó a sus solas” las escrituras y las dividió en doce libros. Y líneas después, como resumiendo su forma de trabajo, dice que pasó sus escritos por triple cedazo: Tepepulco, Tlatelolco y México. Hacia 1569 “se sacaron en blanco, de buena letra, todos los doce libros”. He aquí muy brevemente expuesto su *modus operandi* y la forma en que reunió su valiosísima información en la que dio cuerpo a la magna enciclopedia histórico-antropológica, genuina aportación del Renacimiento. El relato de Sahagún no termina aquí. Cuenta él que en 1570, cuando todo parecía un final feliz, fue nombrado provincial uno de sus enemigos. Sus papeles fueron dispersados y hubo que esperar la llegada de fray Rodrigo de Sequera, Comisario general de la orden y admirador de Sahagún. Fue entonces, en 1575, cuando la primera versión en náhuatl de los doce libros que hoy conocemos como *Códices Matritenses*, se vertió al castellano. Surgió así el *Códice Florentino*, en dos lenguas, náhuatl y español, embellecido con miles de dibujos. Las palabras finales de su autor en el “Prólogo” que venimos siguiendo hablan por sí mismas:

Todo lo sobredicho hace al propósito de que se entienda que esta obra ha sido depurada por muchos y en muchos años y se han pasado muchos trabajos y desgracias hasta ponerla en el estado en que ahora está.

A la vista de los resultados, el método expuesto con sencillez por el franciscano ha sido objeto de muchos estudios por parte de los sahanistas más destacados.¹⁸ Miguel León-Portilla también ha dedicado muchas páginas al análisis y recreación de este método que cualquier antropólogo de hoy suscribiría.¹⁹ Destaca él, en primer lugar, el rigor científico que supone el sistema del triple cedazo: reunir información, aumentarla con el testimonio de otros informantes, confrontarla, depurarla a solas. En segundo lugar, León-Portilla hace ver el acierto que tuvo fray Bernardino al disponer su *Historia general* en tres planos, el divino, el humano y el de las cosas de la naturaleza, según el esquema de las enciclopedias clásicas —Plinio, San Isidoro y Bartolomé Anglicus—; pero también según la formación que recibió fray Bernardino en la Universidad de Salamanca, “donde se respiraba un ambiente renacentista de alcances universalistas”.²⁰

¹⁸ Joaquín García Icazbalceta, Eduard Seler, Wigberto Jiménez Moreno, Ángel María Garibay, Howard Cline, Luis Nicolau D’Olwer y José Luis Martínez, además de Charles Dibble y Arthur J. O. Anderson, han dedicado bastantes páginas al estudio de este método.

¹⁹ Entre los varios trabajos de Miguel León-Portilla en los que reflexiona sobre el método de Sahagún recordaré cinco: *Siete ensayos sobre cultura nahua*, México, UNAM, 1958; *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, 1956; “The Problematics of Sahagún: Certain Topics Needing Investigation”, en *Sixteenth Century Mexico. The Work of Sahagún*, edited by Munro S. Edmonson, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1974; *Toltecdyotl. Aspectos de la cultura náhuatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980 y *Fray Bernardino de Sahagún*, Madrid, Historia 16, 1987.

²⁰ Miguel León-Portilla, *Fray Bernardino de Sahagún*, Madrid, Historia 16, p. 90, y del mismo autor, *Significado de la obra de fray Bernardino de Sahagún*, Salamanca, Publicaciones de la Asociación de Antiguos Alumnos y Amigos de la Universidad de Salamanca, 1966.

Un tercer aspecto destaca León-Portilla tan importante como los anteriores: la capacidad del equipo de Sahagún. Escogió él a los viejos que guardaban la sabiduría mesoamericana del *calmécac* y a los colegiales que trasvasaron esa sabiduría al alfabeto en *tecpillatolli*, lengua elegante. Con estos tres aciertos Sahagún dio muchos y firmes pasos; su método, dice León-Portilla, hizo posible su enciclopedia, “hecha con un enfoque humanístico [...] en ella logró reconstruir la imagen plena del hombre entero en el mundo náhuatl”. Y añade: “por medio de ella obtuvo Sahagún para sí y para sus lectores la que designaremos como *reviviscencia* integral de la vieja cultura”.²¹

He aquí expuesta en pocas páginas la creación de un método nuevo que, integrando historia, etnología y lingüística, logra una dimensión antropológica singular. El análisis de las facetas de este método, su recreación, por Miguel León-Portilla, pone de manifiesto el logro sahaquniano de conocimiento integral del hombre y abre infinitas perspectivas a los estudios de hoy. En ellos, dice el historiador,

pueden relacionarse los datos aportados por la arqueología y los libros de pinturas con los textos en náhuatl, reveladores de aspectos insospechados tales como la existencia de una rica literatura, una concepción del arte y de la educación y una visión filosófica.²²

Veamos este último aspecto tal y como lo han hecho Sahagún y León-Portilla.

Antropología filosófica: La filosofía náhuatl

Cuando Sahagún terminó la primera redacción en náhuatl de la *Historia general*, la que nos ha llegado en los *Códices Matritenses*, lograba acceder a la palabra de un pueblo y con ella a la vida y el alma de una cultura. Pasaron siglos durante los cuales estos *Códices*, al igual que la versión final de la *Historia*, la contenida en el *Códice florentino*, estuvieron olvidados de todos. El mismo destino corrió la copia, en español solamente, que se guardaba en el convento franciscano de Tolosa, hoy en la Academia de la Historia en Madrid.

Fue precisamente este último manuscrito el que primero se publicó en el pasado siglo por Carlos María de Bustamante en México, y por Lord Kingsborough en Londres.²³ La publicación de esta versión de la *Historia*

²¹ Miguel León-Portilla, *Toltecáyotl*, p. 108.

²² *Ibid.*, p. 109.

²³ Carlos María de Bustamante publicó el manuscrito de Tolosa en 1829 con el título de *Historia general de las cosas de Nueva España*. Sir Edward King, Lord Kingsborough, lo publicó con el título de *Historia universal de las cosas de la Nueva España*, en los volúmenes V y VII de sus *Antiquities of Mexico*, London, 1831.

general de las cosas de Nueva España fue el despertar de una nueva visión, histórica del México antiguo y a la vez el nacimiento de una original corriente de estudios sobre fray Bernardino y sus obras. Joaquín García Icazbalceta, Francisco del Paso y Troncoso, Eduard Seler, Wigberto Jiménez Moreno, Ángel María Garibay, Luis Nicolau D'Olwer y José Luis Martínez son nombres que marcan hitos importantes en la historiografía sahaduntina.²⁴

Estos investigadores, tomando como base el manuscrito de Tolosa, es decir la versión en español de la *Historia general*, han hecho posible una nueva reinterpretación histórica del México antiguo.²⁵ Pero, como manantial inagotable que es la dicha *Historia*, faltaba buscar en ella los textos que nos hablan del "conocimiento integral del hombre" señalado por Miguel León-Portilla. No es extraño que fuera este investigador quien se lanzara a buscar tal conocimiento. Y lo hizo comenzando por develar la visión filosófica de los nahuas.

En 1956 publicó la que fue su tesis de doctorado, hoy día traducida a varias lenguas: *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*.²⁶ En esta obra se propuso llegar a conocer lo que él llama "el filosofar profundamente humano" presente en todas las culturas. Era la respuesta a la pregunta que Samuel Ramos había formulado acerca de si hubo filosofía entre los antiguos mexicanos, en su obra *Historia de la filosofía en México*, en 1943. Leamos la contestación:

Tan sólo los textos filosóficos nahuas recogidos principalmente por Sahagún de labios de los indios viejos y pasados luego por triple cedazo de comprobación histórica podrán responder en forma cierta y definitiva a la pregunta de Ramos.²⁷

Con confianza plena en los textos que no habían sido traducidos y desde una perspectiva heredada de la filosofía griega, Miguel León-Portilla emprendió la tarea de reconstruir el filosofar profundamente humano de los nahuas. Tarea nada fácil: había que buscar los escritos donde con claridad se constatará la existencia de quienes se preocuparon de investigar la naturaleza de la divinidad, del hombre, del universo y de las cosas, distinguiendo el saber humano del divino; de quienes vivieron preguntán-

²⁴ Un esbozo de esta historiografía sahaduntina lo ofrece quien esto escribe en el "Estudio Introductorio" de *Bernardino de Sahagún. Diez estudios acerca de su obra*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

²⁵ Necesario es aclarar que Eduard Seler y Ángel María Garibay han traducido fragmentos de los textos nahuas de Madrid y Florencia. Por su parte Charles E. Dibble y Arthur J. O. Anderson son los traductores al inglés del *Códice Florentino* completo.

²⁶ La primera edición la patrocinó el Instituto Indigenista Interamericano. Las siete siguientes la UNAM. Está traducida al inglés, ruso, francés y alemán.

²⁷ Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, Instituto Indigenista Interamericano, 1956, p. 56. Se refería a los textos de los *Códices Matrileses y Florentino*, los redactados en náhuatl.

dose por el más allá con la incertidumbre y la duda como compañeras *eternas*.

Haciendo labor de exégesis, dice León-Portilla, procuraremos poner de manifiesto la insospechada riqueza de un pensamiento que supo descubrir y abordar muchas de estas preguntas que han preocupado a los filósofos de todos los tiempos.²⁸

Esta labor de exégesis se cimentó, bueno es repetirlo, en los escritos originales. De esta manera, los textos que el antropólogo del siglo XVI reunió para conocer a los que, humanos como él, eran tan diferentes, el historiador-filósofo del siglo XX, ahora los analizaba e interpretaba para conocer lo que los nahuas, humanos como él, pensaron acerca de los enigmas filosóficos de todos los tiempos. León-Portilla cimenta su exégesis en riguroso y desmenuzado análisis lingüístico-filosófico de los escritos recogidos por fray Bernardino y sus colaboradores; los somete, dice él, a un trabajo de “ingeniería lingüística”; busca la raíz de la palabra y en ella descubre el sentido oculto de lo trascendente; deshace y rehace la metáfora para extraer lo más profundo y bello de la lengua y finalmente reconstruye la lectura integral del texto para atrapar el pensamiento del *tlamatini* que habló.

Cinco capítulos conforman *La filosofía náhuatl*. En cada uno de ellos habla el *tlamatini* ante el espejo que fray Bernardino le colocó; en cada uno de ellos, León-Portilla desmenuza la palabra del *tlamatini*, llega a su raíz y devela su sentido último.

¿Existe un saber filosófico entre los nahuas? Ante el espejo de Sahagún responde el *tlamatini* “el sabio, el que dialoga consigo mismo, la tea que no ahúma, el dueño de la tinta negra y roja, el que es espejo horadado, el que aplica su luz sobre el mundo, el que conoce las cosas del mundo, el que hace sabios los rostros ajenos, hace a los otros tomar una cara, el que humaniza los rostros...” Para fray Bernardino el *tlamatini* es el “sabio o philosopho”. León-Portilla lo considera “aquel que se ocupa de investigar el ser de las cosas y del hombre con miras a encontrar soluciones a preguntas”, el que tiene “una misión humanística”,²⁹ el dueño de un saber filosófico.

¿Existe una imagen del universo? El *tlamatini* habla de los cuatro soles o edades cósmicas, de la vida y el movimiento de los astros, de la cuenta de los días y de los años, de la fundamentación de un espacio vertical —trece cielos e inframundo— y uno horizontal —*tlalticpac*—, coordenadas del acaecer temporal del universo; de un todo regido por los dioses y movido por *Ipalnemohuani*, al que León-Portilla equipara con el primer motor inmóvil de Aristóteles. Al interpretar las palabras del *tlamatini*,

²⁸ *Ibid.*, p. 59.

²⁹ *Ibid.*, p. 68 y 89.

descubre este autor que es posible separar mito y logos, y que más allá del simbolismo religioso existe una realidad basada en “categorías cosmológicas”. Piensa con Werner Jaeger que la historia de la filosofía es el “proceso de progresiva racionalización de la concepción religiosa del mundo, implícita en los mitos”, y que es posible sustentar en las palabras de los “sabios o *philosophos*” la existencia de una imagen del universo basada en “categorías cosmológicas”.³⁰

¿Cómo son las ideas metafísicas y teológicas de los nahuas? ¿Existe un saber organizado acerca de la divinidad? Esta vez los *tlamatinime* responden a los doce franciscanos que dialogaron con ellos en 1524: “nosotros sabemos a quién se debe la vida, a quién se debe el nacer, el ser engendrado, el crecer... qué son los dioses por quien se vive, ellos nos merecieron (con su sacrificio nos dieron vida)”.³¹ Este saber organizado acerca de la divinidad culmina en las palabras recogidas en los *Códices Matritenses* en las que se devela el principio dual: *Ometéotl, Yohualli-Ehecatl, Tloque-Nahuaque, Ipalnemohuani, Moyocoyani*. Es el principio cósmico en el que se genera y concibe cuanto existe en el universo, uno de los conceptos más elevados de la vieja herencia tolteca.

Las metáforas y difrasismos de los informantes son, para León-Portilla, un manantial inagotable, una forma de conocer lo verdadero y las palabras de Juan David García Bacca apoyan su texto: “meta-fóra y meta-física son, en el fondo y raíz una sola función: poner las cosas más allá (meta, plus ultra)”.³²

Pero, por encima de este saber organizado acerca de la divinidad, surge la eterna pregunta sobre la existencia del más allá, pregunta que se hizo muchas veces Nezahualcóyotl y que los *tlamatinime* trataron de responder: “puede que nadie diga la verdad en la tierra”. He aquí la pregunta última que sigue a las respuestas sobre las ideas metafísicas y teológicas de todos los pueblos en todos los tiempos.

¿Cuál es el pensamiento náhuatl acerca del hombre? ¿Cuál es su origen y su destino final? La palabra del *tlamatini* hace del hombre el merecido de los dioses, el creado por Quetzalcóatl después de una verdadera hazaña divina, desafiando al señor de la muerte. Pero una vez creado el hombre, los informantes de Sahagún se preguntan: ¿lo mereció por ventura el señor, nuestro príncipe Quetzalcóatl? Se lanzan preguntas, se buscan respuestas y el mito tan poético sobre el origen de los seres humanos se matiza con la realidad del existir sobre la tierra. Para sobrellevar esta realidad está el *te-ixtlamachtiani*, “el que enseña el rostro a la persona (a formar su rostro), el que pone el espejo al otro para que se conozca, el que hace a los otros tomar una cara, desarrollarla; gracias a él la gente humaniza su querer”.

³⁰ *Ibid.*, p. 98 y 121.

³¹ Estos diálogos de 1524 fueron reelaborados por Sahagún y sus informantes en 1564. Han sido publicados por Miguel León-Portilla con el título de *Coloquios y doctrina cristiana* en 1986.

El poder del sabio, del *te-ixtlamachtiani*, es, para Miguel, revelador de una imagen filosófica del hombre dueño de un cierto libre albedrío y dueño de un rostro y de un yo.

En este juego del dios creador, Quetzalcóatl, del *teixtlamachtiani* y del *tonalámatl* o libro de los destinos, León-Portilla se pregunta: ¿existe el libre albedrío? ¿Puede el hombre trazarse su fortuna o está predeterminado a un sino fatal? De nuevo los informantes responden: el *tonalpouhque* puede escoger un día propicio para la ceremonia del “bautismo” y además, el hombre puede labrar con su esfuerzo su propio rostro y su propio corazón. El hombre se amonesta a sí mismo, *monotza*, se llama a sí mismo, dialoga con su propio corazón y se esfuerza por escapar a cualquier fatalidad.

La posibilidad de forjarse un rostro y un corazón, expresada en la metáfora *ixtli-yollotl*, nos lleva a la última pregunta de este mundo filosófico de los nahuas recreado por Miguel León-Portilla. ¿Es el hombre náhuatl creador de una forma de vida? Los informantes responden: en el *calmecac* y en el *telpochcalli* se les enseñaba la regla de la vida, la antigua regla de vida, la *huehuetlamaniliztli*; los cantos humanos y divinos, los *cuicatl* y *teocuicatl*; el lenguaje elegante, el *tecpillatolli*; el saber acerca del cosmos y del *tonalpohualli*. Los textos hablan de la *tlacahuapahualiztli*, palabra henchida de contenido que León-Portilla interpreta como “educación, el medio de comunicar a los seres humanos la experiencia y la herencia intelectual de las generaciones anteriores... con el fin de formarlos en el plano individual e incorporarlos a la vida comunitaria”.³³

En resumen, el hombre que a lo largo de su vida modela su rostro y su corazón, recorre el camino hacia lo bueno, lo recto, *in quallotl in yecllotl*, difrasismo que mucho recuerda el famoso *kalós kay agazós* de la cultura griega. Pero, aun dueño de una forma de vida, de un rostro y de un corazón, queda la pregunta final, la de siempre. ¿A dónde vamos, ¡ay!, a dónde vamos?, exclama con angustia el *tlamatini*,³⁴ para el cual la región de los desconocidos sigue siendo un misterio por encima de la fe. El mismo *tlamatini* da la única respuesta posible: “perderse en el deleite de las flores y los cantos”.

La pregunta que Samuel Ramos planteó acerca de la existencia de un saber filosófico entre los nahuas es un reto que Miguel León-Portilla resolvió en este libro singular. La palabra que Sahagún recogió del *tlamatini* en diálogo con su propio corazón quedó reflejada fielmente y para siempre en el espejo. Miguel la desnudó, llegó a su raíz, a su sentido último. Y lo hizo por la vía de la belleza, del mundo de los sentimientos. Es la vía que, partiendo de Platón, pasa por San Agustín y llega a Unamuno y Bergson. Ramón Xirau la define como la de “un conocer amante, un amor

³² Miguel León-Portilla, *La filosofía náhuatl*, p. 154.

³³ *Ibid.*, p. 240.

³⁴ *Ibid.*, p. 221.

a la razón”.³⁵ Pero nadie mejor que el propio León-Portilla para finalizar la concepción filosófica de los nahuas:

Comprendemos ahora que siendo la belleza, lo divino, y ésto a su vez, lo verdadero, lo auténticamente enraizado, todo el pensamiento filosófico náhuatl giró alrededor de una concepción estética del universo y la vida. Conocer la verdad fue para los *tlatinime* expresar con flores y cantos el sentido oculto de las cosas, tal como su propio corazón endiosado les dejaba intuir.³⁶

Una nueva categoría histórica: la Visión de los vencidos

Es muy significativo que la *Historia general*, la enciclopedia por excelencia del Nuevo Mundo termine con un libro dedicado a la Conquista. Su autor, rebasando el modelo clásico de las enciclopedias, concluye la suya con un texto único: el relato de un casi presente en la voz de los conquistados.

En el prólogo a este libro Sahagún, como siempre, expone sus razones, a veces encontradas: afirma hacerlo porque hay muchas versiones en la lengua de los conquistadores y que él escribe en “la lengua mexicana no tanto por sacar algunas verdades [...] sino por poner el lenguaje de las cosas de la guerra y de las armas [...] para que de allí se puedan sacar vocablos y maneras de decir”. Líneas después deja ver su verdadera intención y explica:

los que fueron conquistados y supieron y dieron relación de muchas cosas que pasaron entre ellos durante la guerra, las cuales ignoraron los que los conquistaron [...] y dieron esta relación personas principales y de buen juicio y que se tiene por cierto que dijeron toda la verdad.

¿Es este relato una nueva actitud en la historiografía universal? Cabe pensar que sí. Porque aunque son miles las narraciones de guerras que se han hecho, inclusive con imágenes de la cultura de los vencidos, en todos ellos, el que habla es el vencedor. La novedad de Sahagún consiste en recoger desde fuera, con la voz de los de dentro, la palabra de los conquistados y en la lengua de ellos. Es decir, el vencido pasa a ser el protagonista del relato. En este escrito, el antropólogo no hace una apología de la cultura del otro, del perdedor, como lo hicieron en sus escritos fray Bartolomé de las Casas o los modernos etnólogos. Sahagún esconde su voz, deja hablar al otro e incluso llega más lejos: sale de sí mismo y se introduce en la conciencia desgarrada del otro; al hacerlo desarrolla el mayor grado posible de comprensión del otro, en este caso, del vencido que no tenía quien escuchara su voz.

Al recoger el pensamiento de los conquistados, Sahagún enseña su

³⁵ Ramón Xirau, *Introducción a la historia de la filosofía*, México, UNAM, 1964, p. 45.

³⁶ Miguel León-Portilla, *op. cit.*, p. 270.

honda preocupación sobre la Conquista, drama que no presenció pero que vivió en el sentir de los naturales en forma de un presente roto. Como evangelizador, escuchó la voz de sus nuevos hermanos; como antropólogo registró la conciencia histórica que hablaba en esa voz; como historiador, se sintió comprometido a recoger “toda la verdad de las personas principales y de buen juicio”; como humanista, adoptó una postura de valentía y comprensión; y como hombre profundamente humano, sintió la necesidad de descargar su conciencia ante la historia con la versión diferente e incluso opuesta a la recogida por sus compatriotas.

¿Pudo imaginar fray Bernardino que su libro XII de la *Historia general* llegaría a ser el paradigma de una nueva categoría histórica; que el escrito ignorado por siglos sería traducido a las principales lenguas del mundo? Difícil es responder, aunque sabemos que Sahagún tenía en muy alta estima la *Historia* que sus informantes y él habían redactado. Así lo dice en la dedicatoria a fray Rodrigo de Sequera, traducida por Miguel León-Portilla: “Tienes aquí, observantísimo padre una obra digna de la mirada de un rey.”³⁷ Pero probablemente no imaginó que más allá de la mirada de un rey su libro XII sería traducido a tantas lenguas. Esto se debe en parte a la lectura que de este libro hizo Miguel León-Portilla cuando, en 1959, publicó la *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*.³⁸ Es importante señalar que en esta obra Sahagún no está solo. Con él están los más importantes cronistas del siglo XVI y principios del XVII que escribieron en náhuatl.³⁹ Pero también hay que señalar que Sahagún es el único que desde fuera escribe con la voz del otro, y la tiene por verdadera.

Por primera vez, en el libro de León-Portilla, los textos se miran, dialogan entre sí. De nuevo el método del espejo de Sahagún permite que cada cronista muestre su testimonio, su verdad, y esto, a su vez, permite a León-Portilla reconstruir el todo y las partes de aquel momento dramático. En la reconstrucción, las acciones y los protagonistas integran un mosaico de connotaciones, un universo de imágenes que enriquecen el hecho histórico y nos ayudan a comprenderlo en sus varias lecturas. Para este autor, más allá del valor histórico de las relaciones está su valor humano, con pasajes de intenso dramatismo comparables a las epopeyas clásicas; en estos pasajes está también la imagen que los propios nahuas

³⁷ La traducción del latín y el comentario de esta dedicatoria han sido preparados por Miguel León-Portilla en “Bernardino de Sahagún. Un juicio lapidario sobre su obra”, en *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilienne*, Toulouse, Presses Universitaires du Mirail, 1990, v. 55, p. 5-11.

³⁸ Esta primera edición fue publicada por la UNAM, en su Biblioteca del Estudiante Universitario. De ella existen trece reimpresiones. Se ha publicado también en Cuba y en España. Hay traducción al inglés, francés, alemán, portugués, italiano, sueco, polaco, serbocroata, húngaro, catalán, hebreo y japonés.

³⁹ La *Visión de los vencidos* incluye fragmentos del *Manuscrito de 1528* y del *Código Aubin*, así como de las crónicas de Fernando Alvarado Tezozómoc, Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, Diego Muñoz Camargo, Francisco Chimalpahin y los *Anales de Azcapotzalco, México y Tlatelolco*.

se forjaron de los conquistadores y la interpretación de los hechos desde el otro lado del espejo de la historia.⁴⁰ Una lectura más, muy significativa de estos textos es la señalada por Miguel León-Portilla como conclusión de su "Introducción":

El examen sereno del encuentro de esos dos mundos, el indígena y el hispánico, ayudará a valorar mejor la raíz más honda de nuestros conflictos, grandezas y miserias, y, en una palabra, del propio rostro y corazón, expresión de nuestra fisonomía cultural y étnica.

A la luz de estas consideraciones, la idea vertebral de la *Visión de los vencidos* constituye un punto de partida de una nueva forma de historiar: la de tomar en cuenta la perspectiva del otro, aceptarla y conferirle un valioso peso testimonial para reconstruir un pasado muy complejo en el que las culturas vencidas recobran su lugar en el devenir del hombre. Esta forma de historiar constituye en verdad la creación de una nueva categoría histórica, ya que la experiencia de un hecho concreto, la Conquista de México vista por los conquistados, adquiere una nueva dimensión historiográfica: la de ser transportable a otras circunstancias, tiempos y espacios y servir de modelo para nuevas propuestas de la historia universal.

Es un hecho que la *Visión de los vencidos* abrió camino a una nueva corriente histórica que ya ha empezado a dar sus frutos.⁴¹ Entre ellos recordaré un proyecto de gran envergadura que con el nombre de *De palabra y obra en el Nuevo Mundo* se gestó en la ciudad de Trujillo, Extremadura, con motivo del Quinto Centenario del Encuentro de Dos Mundos. Allí un grupo de americanistas han estado dialogando durante varios años sobre el proceso que comenzó en 1492 y que aún no acaba. En los cuatro volúmenes que ya han aparecido⁴² se recoge un cúmulo de reflexiones sobre confrontaciones de pueblos y sus consecuencias: elaboración de imágenes interétnicas, de visiones distintas, respuestas a contactos entre lenguas y formas de pensamiento; en fin, reflexiones sobre un número casi infinito de situaciones en las que dos miradas se encuentran.

En lo más profundo del proyecto está la observación de las reacciones

⁴⁰ Miguel León-Portilla, *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la Conquista*, México, UNAM, 1959, p. XXVI.

⁴¹ Como muestra de esta corriente historiográfica recordaré las obras de Nathan Wachtel, *La vision des vaincus. Les Indiens du Perou devant la Conquête Espagnole*, Paris, Gallimard, 1971, y Tzvetan Todorov, *La Conquista de América. La cuestión del otro*, México, Siglo XXI Editores, 1987.

⁴² *De palabra y obra en el Nuevo Mundo*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1990-1995. El primer volumen lleva como subtítulo el de *Imágenes interétnicas*; el segundo, *Encuentros interétnicos*; el tercero, *La formación del otro*, y el cuarto, *Tramas de la identidad*. Los coordinadores del proyecto, además de Miguel León-Portilla, son Manuel Gutiérrez Estevez, Gary Gossen y Jorge Klor de Alva. El proyecto está patrocinado por la Junta de Extremadura, la Fundación Xavier de Salas y la Universidad Estatal de Nueva York en Albany.

humanas ante el otro y su alteridad, ante el radical otro que España encontró en América. Un proyecto concebido a la luz de la “epistemología de la historia”, en el que la antropología tiene un papel destacado y cuya raíz está en la *Visión de los vencidos* que Miguel León-Portilla ideó a la luz de una lectura única del libro de la Conquista que Sahagún nos dejó en náhuatl en el *Códice Florentino*.

*Lengua, pensamiento, espiritualidad: la palabra de un Pueblo
y el saber de una cultura*

Antropología, filosofía, conocimiento del mundo, penetración histórica, aceptación de la palabra del otro y de su alteridad: he aquí diferentes imágenes de un todo que Sahagún supo captar y que hizo suyo y nuestro. Este todo es la palabra de un pueblo y el saber de una cultura que, como ya se dijo, el franciscano atrapó a través de la lengua, camino luminoso que lo llevó al mundo del pensamiento y de la espiritualidad de los nahuas.

Como el sabio del famoso texto, Sahagún se hizo espejo delante del *tlamatini*. Sus preguntas siempre eran en náhuatl; el *tlamatini* liberó la palabra de su corazón. Y mientras la palabra se grababa en el espejo, Sahagún miraba el rostro del *tlamatini* y le planteaba preguntas cada vez más íntimas para llegar a lo más profundo de ese rostro. El *tlamatini* contestaba a todo, incluso a aquellas cosas que tocaban lo más recóndito de su alma: su manera de concebir lo divino, su fe en el hombre, sus dudas y angustias ante los enigmas de la vida y de la muerte, y ¿por qué no?, la defensa de sus creencias, de su mundo espiritual derrumbado ante la imposición de la nueva fe.

Esta palabra, vale repetirlo, quedó en los *Códices de Madrid* y de *Florencia*. Para Miguel León-Portilla ella ha sido el alimento primordial, el *alma mater*, en su tarea de recrear un pasado lleno de significación para nuestro presente o como él dice, de dar “nueva vida a experiencias pretéritas”.⁴³

Ya hemos visto cómo él ha dado nueva vida al pasado en dos de sus libros, *La filosofía náhuatl* y la *Visión de los vencidos*. Pero hay otros más en los que como filólogo, antropólogo e historiador, penetra en la lengua, el pensamiento y la espiritualidad de aquel mundo del que fray Bernardino se enamoró. Recordaré algunos títulos.

Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses, publicado por la UNAM en 1958, es una muestra de traducción fiel y poética de los textos que Sahagún recogió en Tepepulco y que Paso y Troncoso llamó *Primeros memoriales*.

Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares es una reconstrucción de las formas de vida de un pueblo y de su legado. De labios

⁴³ Miguel León-Portilla, “El rostro de las cosas”, en *Toltecáyotl. Aspectos de la cultura náhuatl*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 432.

de los informantes salen las palabras con las que Miguel León-Portilla hace una nueva lectura de la creación del sol y la luna en Teotihuacan; la grandeza de Tula y los toltecas, forjadores de Quetzalcóatl como héroe cultural y de la *toltecatoytl*, símbolo del refinamiento; la salida de los mexicas del mítico Tamoanchan, su llegada al Valle de México con sus *tlamatinime amoxhuaque*; los cien años de grandeza del Pueblo del Sol; la magnificencia que contemplaron los hombres de Castilla y, en fin, el sentido profundo del diálogo de la flor y el canto.

Este sentido profundo es el tema de otro de sus libros, el titulado *Toltecatoytl. Aspectos de la cultura náhuatl*. En él indaga en las creaciones sociales y culturales que los pueblos nahuas enriquecieron partiendo de la vieja herencia tolteca.

Otros títulos más podrían sumarse a estos en los que Miguel León-Portilla se ha inspirado en los textos de Sahagún para recuperar la palabra de un pueblo y la sabiduría de una cultura. No es mi intención aquí hacer un recuento de ellos,⁴⁴ pero sí aludiré a uno más, de valor excepcional. Me refiero a los *Coloquios y doctrina cristiana*, ya citados al hablar de la *Filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*. Los *Coloquios* son una expresión más de esa grandeza humanística de Sahagún. Como en el caso de la Conquista, fray Bernardino quiso dejar testimonio del punto de vista de los conquistados y en 1564 daba fin a la redacción de un texto capital en la historia de México y en la historia de todos los encuentros interétnicos. Lo tituló *Colloquios y doctrina christiana con que los doce frailes de San Francisco enbiados por el papa Adriano sexto y por el emperador Carlos qujnto convirtieron a los indios de la Nueva España en lengua mexicana y española*. Con los “colegiales más hábiles y entendidos [...] y cuatro viejos muy pláticos”,⁴⁵ fray Bernardino lograba poner en lengua mexicana “bien congrua y limada” una de sus mejores obras. Los apuntes que encontró en Tlatelolco de las pláticas de 1524 le sirvieron para recrear los diálogos que en aquel año hubo entre los doce franciscanos y los sacerdotes nahuas. Preguntas, respuestas y contrarrespuestas son el tejido de un lenguaje en el que se recrea, como en ningún otro texto, la espiritualidad del pensamiento náhuatl. Quizá Sahagún, al redactar los *Colloquios*, pensó rescatar lo mejor de un sentimiento religioso condenado a perecer; pero también

⁴⁴ Además de los títulos citados a lo largo de este trabajo, recordaré cuatro más entre los muchos que Miguel León-Portilla ha dedicado al estudio de la obra de fray Bernardino: “Una concepción náhuatl del arte”, en *Revista de la Universidad de México*, 1958, v. XII, p. 10-12. “Quetzalcóatl, espiritualismo del México antiguo”, en *Cuadernos Americanos*, México, 1959, v. CV, p. 127-139; “La historia bilingüe de Sahagún: ¿existió un Manuscrito Enríquez además del Códice Florentino?”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, v. 21, 1991, p. 133-144; y “Sahagun’s Early Years in Tlatelolco”, en *Chipping Away on Earth. Studies in Prehispanic and Colonial Mexico in Honor of Arthur J. O. Anderson and Charles E. Dibble*, Labyrinthos, 1994, p. 13-20.

⁴⁵ “Al prudente lector”, en fray Bernardino de Sahagún, *Colloquios y doctrina christiana...*, edición facsimilar, paleografía, versión del náhuatl, estudio y notas de Miguel León-Portilla, México, UNAM, Fundación de Investigaciones Sociales, A. C., 1986, p. 27.

dar un sentido a la imposición de la nueva fe. Ambas intenciones en realidad son convergentes como en el libro de la Conquista; ambas obedecen a una actitud de comprensión del punto de vista del otro, de ética y catarsis del vencedor. Por ello, el libro de los *Colloquios* constituye un momento clímax en la empresa sahaduniana de recoger la palabra y el espíritu de un pueblo.

Pasaron varios siglos hasta que este manuscrito, guardado en el Archivo Secreto del Vaticano, saliera de su prisión y se nos mostrara tal y como surgió de las manos de sus autores. En 1986, Miguel León-Portilla publicó una edición facsimilar de él⁴⁶ con paleografía y traducción al castellano precedida de un "Estudio Introdutorio". Con ayuda de la filología y de la historia, los diálogos de los doce con los sacerdotes nahuas cobran vida. Vuelve a resonar la palabra de los *tlamatinime*, ahora dentro de un acontecer histórico de dimensión universal. En la versión española la lengua náhuatl, "bien congrua y limada", es trasvasada sin perder su propio estilo literario, su ritmo y frasis; el habla refleja la personalidad de los protagonistas y el dramatismo del momento histórico. Si Sahagún y sus colaboradores lograron recrear el momento en que dos concepciones religiosas chocan y dialogan partiendo de la base de unos apuntes en náhuatl, la versión de Miguel León-Portilla logra transmitir el mensaje conmovedor de los que se resistían a dejar "su antigua regla de vida". En ella resplandece esta "antigua regla de vida" decantada, como dice León-Portilla en la *Teo-matiliztli*,⁴⁷ la sabiduría de lo divino, la espiritualidad del México antiguo.

En definitiva, lengua, pensamiento, espiritualidad; la palabra de un pueblo y el saber de una cultura están en textos como éste de los *Colloquios* y sobre todo en la *Historia general*, verdadera enciclopedia histórico-antropológica, manantial eterno que como agua divina no cesa de brotar y dar vida a los trabajos de humanistas como Miguel León-Portilla, quien los ha hecho brillar en el universo de las culturas.

*La vida de un humanista del Renacimiento en el alma
de un humanista de nuestro presente: dos legados para el futuro*

A lo largo de estas páginas nos hemos asomado a la obra de dos humanistas cuyas vidas, separadas por los siglos, convergen en la búsqueda de lo humano a través de la lengua y el pensamiento. Ambos, fray Bernardino de Sahagún y Miguel León-Portilla, como el sabio del texto tantas veces citado, pusieron un espejo delante del *tlamatini*. Con talento y habilidad dialogaron con él. Escucharon su palabra, la recibieron, la comprendieron, la descifraron. Con ella penetraron en el alma del que hablaba y con ella

⁴⁶ Es la edición anteriormente descrita.

⁴⁷ Miguel León-Portilla, "Estudio introductorio", en *Colloquios...*, p. 26.

nos han transmitido el pensar y el sentir de esa alma. ¿Método nuevo podríamos preguntarnos? Puede que sea tan viejo como el de Sócrates y como el de otros pensadores de viejas culturas. Pero es a la vez, método siempre joven puesto que la palabra y el alma de los pueblos tiene tantas lecturas como generaciones y hombres.

Para nosotros, la monumental enciclopedia del franciscano es fuente inagotable de conocimientos sobre la civilización más brillante del Nuevo Mundo. Esto ya sería por sí mismo un legado para la historia de México. Pero además, en ella, es decir, en la enciclopedia, Sahagún y su equipo, al dar entrada a culturas hasta entonces tenidas por peregrinas y aun bárbaras, rompieron con el etnocentrismo y mostraron el valor de cada cultura en sí misma y su derecho a la supervivencia, incluso habiendo sido vencida. He aquí un legado para la historia universal y para la moderna antropología.

“El significado trascendente de la obra de Sahagún” dice Miguel León-Portilla “habría de perdurar como antorcha que alumbraba y se pasa de unas manos a otras para mostrar el camino a muchos”.⁴⁸ Precisamente una de esas manos es la suya. Ha sido él quien ha cargado con la tarea de llevar la antorcha, y con su luz, hacer su propia lectura de la obra del franciscano. Una lectura en la que recrea una nueva imagen con las palabras que los “gramáticos” dejaron en el papel traduciendo las formas de expresión de los antiguos libros de pinturas. Palabras e imágenes vuelven a tomar vida con el soplo de Miguel León-Portilla y el rostro y el corazón de los pueblos nahuas trasciende fronteras y atrae miradas de gentes lejanas.

Es así como el legado del historiador-antropólogo y el del historiador-filósofo del presente se funden en el humanismo de siempre. Ambos legados forman parte de nuestro universo de las culturas que no cesa de enriquecerse y que da un sentido a nuestra vida aquí, en *tlalticpac*.

⁴⁸ Miguel León-Portilla, *Bernardino de Sahagún*, Madrid, Historia 16, p. 148.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS